

## PRUDENCIA.

¿Qué es prudencia? La prudencia, dice Sto. Tomás, es el ojo y el piloto del alma, así como de todos sus movimientos y acciones. Por esto la palabra *prudente* viene de porro *vel procul videns*, el que ve de lejos; y *prudencia* viene de *procul videntia*, facultad de ver las cosas de lejos (1).

Necesidad de la prudencia. Ved, hermanos míos, cómo habeis de andar, dice S. Pablo á los efesios; no como insensatos, sino como cuerdos; rescatando el tiempo, porque los días son malos: *Videte, fratres, quomodo ambuletis, non quasi insipientes, sed ut sapientes; redimentes tempus, quoniam dies mali sunt.* (v. 15-16). Tened, pues, discernimiento, añade el apóstol, comprended cuál es la voluntad de Dios, y llenaos del espíritu de Dios: *Propterea nolite fieri imprudentes, sed intelligentes quae sit voluntas Dei, et implemini Spiritu Sancto.* (v. 17-18).

La prudencia, dice S. Crisóstomo, se apaga como una lámpara, si tiene poco aceite, ó si no se cierran la puerta y las ventanas á los vientos. Las ventanas son los ojos y oídos, y la puerta es la boca. (*Homil. ad pop.*)

Pesad dos veces las palabras antes de que las profiera la lengua, dice san Bernardo: *Verba bis ad limam veniant, quam semel ad linguam.* (Tract. de Perfect.)

Todo me es lícito, pero no lo tengo expedito todo, escribe S. Pablo á los corintios. *Omnia mihi licent, sed non omnia expeditunt.* (I. VI. 12).

Miren tus ojos delante de tí, dicen los Proverbios, y no se bajen tus párpados. Examina el camino que pisan tus pies, y no darás ningún paso en falso: No te apartes á la derecha ni á izquierda; aleja tus pasos del mal (2).

Estudiad atentamente el camino de la justicia que debéis seguir, dice el venerable Beda, y en todo lo que emprendáis, preveded siempre el fin: *Iter iustitiae, quo ingredi debeas, diligenter edisce; et in cunctis quae agere disponis, sollicitus ad quem sint ventura finem, praevide.* (In Collect.)

Hijo mio, dice el Señor en los Proverbios, purifícase con mi sabiduría, y prestad oído á mi prudencia, para que cuideis de vuestros pensamientos, y vuestros labios guarden la ciencia: *Fili mi, attende ad sapientiam meam, et prudentiae meae inclina aurem tuam; ut custodias cogitationes, et disciplinam labia tua conservent.* (v. 1-2).

Los proyectos son vanos allí donde falta la prudencia; pero se afirman en la union de los consejeros: *Dissipantur cogitationes ubi non est consilium; ubi*

(1) Prudentia est oculus et rector animae, omniumque ejus mortuam et actionum. Unde prudens dicitur, quasi porro vel procul videns; et prudentia, quasi procul videntia. (2 p. q. art. 5).

(2) Oculi tui recta videant, et palpebrae tuae non procedant gressus tuos; dirige semitam pedibus tuis, et omnes vias tuas stabilientur. Ne declines ad dexteram, neque ad sinistram; averte pedem tuum a malo. (IV. 35-37).

*vero sunt plures consilarii, confirmantur.* (Prov. XV. 22). El alma que no es prudente, no tiene bien alguno: *Ubi non est scientia animae, non est bonum.* (Prov. XIX. 2).

Hijo mio, dice el Eclesiástico, no hagais nada sin consejo, y no tendréis arrepentimiento despues de la accion: *Fili, sine consilio nihil facias, et post factum non poenitebis.* (XXII. 24).

Queriendo Dios crear al hombre, la Santísima Trinidad entró en consejo, y dijo: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* (Gen. I. 26). Hagamos con consejo al hombre capaz de consejo, para que aprenda de nosotros, de su Creador, á hacerlo todo con prudencia y consejo...

Aprende dónde está la prudencia, dice el Señor, por medio del profeta Baruch; dónde está la fuerza y dónde la inteligencia, para que sepas al mismo tiempo dónde está la larga vida y el verdadero alimento, dónde está la luz de los ojos y la paz: *Disce ubi sit prudentia, ubi sit intellectus, ut scias simul ubi sit longiturnitas vitae et victus, ubi sit lumen oculorum et pax.* (III. 14).

Os exhorto á todos, dice el apóstol á los romanos, que no seáis más sabios de lo que es menester, sino que seáis sabios con sobriedad, con prudencia; es decir, que no os arrojéis en ningún exceso, ni siquiera de celo de bien, sin prudencia consumada ó consejo prévio: *Dico enim non plus sapere, quam oportet sapere; sed sapere ad sobrietatem.* (XII. 3).

Quitad la prudencia, dice S. Bernardo, y la virtud será vicio: *Tolle hanc (prudentiam); virtus vitium erit.* (Serm. XL. in Cant.)

Ved, dice Jesucristo á sus apóstoles, que os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes: *Ecce ego mitto vos, sicut ovēs in medio luporum; estote ergo prudentes sicut serpentes.* (Math. X. 16).

La prudencia exige que lo que decimos y hacemos, 1.º, esté exento de falsedad...; 2.º, que sea sincero y esté apartado de todo fingimiento ó hipocresía...; 3.º, que sea grave y sin ligereza...; 4.º, que sea justo y esté exento de toda injuria respecto del prójimo...; 5.º, que sea útil y no pueda perjudicar á nadie...; 6.º, que sea maduro, reflexionado, oportuno y conveniente para las personas, los lugares y el tiempo...; y 7.º, que no se diga ni haga nada de que tengamos que arrepentirnos...

El hombre prudente, dice S. Bernardo, no hace nada sin haber previsto y examinado tres cosas: 1.º si lo que desea hacer está permitido, luego si es conveniente, y en 3.º lugar si es ventajoso: *Spiritualia homo omne opus suum trina consideratione preveniet: primo an liceat, deinde an debeat, postremo an expedit.* (Lib. I de Consid., c. III).

El Evangelio nos dice que, cuando el ángel saludó á María para anunciarle que Dios la había elegido para ser Madre del Verbo encarnado, se estremeció, porque el ángel tenía figura humana: *Quae cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista cogitatio.* (Luc. I. 29).

Es propio de una virgen prudente, dice S. Ambrosio, temer y temblar ante todo hombre que se le acerca; hasta teme hablarle: *Trepidare virginum est, et ad omnes viri ingressus pavere, omnes viri affatus vereri.* (Lib. de Virg.)

Lo que la prudencia exige.

Lo que hace el hombre prudente.

El hombre prudente practica las palabras del apóstol Santiago: Sea todo hombre pronto en escuchar, lento en hablar, y lento también en la ira: *Sit omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum, et tardus ad iram.* (I. 19).

Es célebre la sentencia de Séneca: El que no sabe callar, no sabe hablar: *Tacere quisquis nescit, hic nescit loqui.* (In Prov.)

San Ambrosio dice que el hombre prudente mide sus discursos y los pesa en la balanza de la justicia, para que haya gravedad en su razon y peso en lo que dice. Obrando así manifiesta dulzuras, bondad y modestia (1).

No obreis pronto sino despues de haber examinado cuidadosamente, dice Séneca; no reflexionar es locura: *Diu deliberato, cito facto, nil curare, hoc est insanum esse.* (In Prov.)

El hombre prudente dice á Dios con el Salmista: Señor, poned una guardia en mi boca y una puerta en mis labios: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantium labiis meis.* (CXL. 3). Observa lo que dice el Eclesiastes: No habléis jamás imprudentemente, y no se apresure vuestro corazon en enunciarse; sean pocas vuestras palabras: *Ne temere quid loquaris, neque cor tuum sit velox ad proferendum sermonem; sint pauci sermones tui.* (v. 1). Precaued el mal dia, añade el Eclesiastes: *Malum diem precave.* (VII. 15).

El que tiene autoridad, dice S. Bernardo, debe verlo todo, prescindir de muchas cosas y castigar poco: *Rector omnia videat, multa dissimulet, pauca castiget.* (Lib. de Consid.)

Consulta siempre al hombre cuerdo, dice Tobías á su hijo: *Consilium semper a sapiente perquire.* (IV. 19).

El que es prudente, desconfía de sí mismo, se humilla y preserva de los pecados...

El hombre prudente, para no extraviarse se une á la ley del Señor; medita esta ley, sus recompensas y sus castigos, y compara. Entonces elige siempre el bien, y evita y desprecia el mal...

El hombre prudente observa este precepto del Espíritu Santo: No os volvais á la derecha ni á la izquierda; apartad vuestros pasos del mal. (Prov. IV. 27). Se guía segun la regla de la recta razon, de la ley y de la voluntad divinas. No os volvais á la derecha; es decir, que hasta para el bien se necesita prudencia. No os volvais á la izquierda, evitad el pecado... Volverse á la derecha, dice S. Agustín, es engañarse á sí mismo creyéndose sin pecado; volverse á la izquierda, es entregarse al pecado con una seguridad perversa y corrompida. (De Morib.)

La derecha y la izquierda es el vicio; la virtud está en medio, y allí se mantiene el hombre prudente.

El que anda en medio de asechanzas con circunspeccion, está en seguridad, dicen los Proverbios: *Qui cavet laqueos, securus erit.* (XI. 15).

El hombre prudente lo examina todo con cordura, y lo pesa todo en la balanza de las razones divinas y eternas. El imprudente, por el contrario, pesa

(1) Ad mensuram sermones profert libra examinatos justitiam, ut sit gravitas in sensu, in sermone pondus. Hæc sit custodiatur aliquis, fit mitis, mansuetus, modestus. (Lib. I. Ofpe, c. III.)

las cosas segun las razones humanas, temporales y caducas, y las prefiere á las razones divinas y eternas; lo que es una suprema locura.

San Luis Gonzaga, que era tan prudente, está en efecto, representado en su cuadro con una balanza: en un platillo pesa las razones temporales, y en el otro las razones eternas; éstas aventajan infinitamente á las otras, y le obligan á hacerlo todo segun las razones divinas y eternas, y no segun las razones humanas y perecederas. Es lo que dice un hombre cuerdo: Todo lo que hagais, hacedlo con prudencia, y mirad siempre el fin: *Quidquid agas, prudenter agas, et respice finem.*

O hombres, dice S. Bernardo, reflexionad de dónde venis, tened vergüenza del triste estado en el cual os hallais actualmente, y estad inquietos, temblad pensando á dónde vais: *Attende, o homo, unde venis; et erubescere ubi es, et ingemisce quo vadis, et contremisce.* (Serm. in Cant.)

Lo que se ha pensado, dice, una vez hecho, es eterno. Vivid pues, aplicaos, trabajad para la eternidad; ésta es la prudencia y la sabiduría de los Santos...

Interrogado Sto. Tomás de Aquino, sobre la manera como se podria pasar esta vida sin error y sin caída grave, respondió: Si nos conducimos en cada accion de manera que podamos darnos cuenta del por qué hemos obrado así: Obrando de esta suerte, no daremos fin á la codicia, á la pasión, á la casualidad ni á ninguna otra cosa que pudiera precipitarnos en el error (1).

El hombre prudente consulta siempre. El consejo es una cosa sagrada, dice S. Basilio, es la union de las voluntades, el fruto de la caridad y el fundamento de la humildad. (Homil. in Psal.)

El hombre prudente no es curioso en los misterios de la fe; nada lleva al extremo; está en su deber, en sus funciones; no se ocupa de lo que concierne á los otros; se ocupa de sí mismo... La prudencia, dice el Eclesiástico, se manifiesta con la palabra; y el juicio, la ciencia y la doctrina aparecen en los discursos del sabio; y su firmeza está en las obras de justicia: *In lingua enim sapientia dignoscitur, et sensus, et scientia, et doctrina in verbo sensati et firmiter in operibus justitiae.* (IV. 29). Los hombres prudentes en sus discursos, que obran con sabiduría, tienen la inteligencia de la verdad y de la justicia: *Sensati in verbis, et ipsi sapienter egerunt, et intellexerunt veritatem et justitiam.* (Ibid. XVIII. 29).

En todas sus vias, David obra prudentemente, y el Señor estaba con él, dice la Escritura: *In omnibus viis suis David prudenter agebat, et Dominus erat cum eo.* (I. Reg. XVIII. 14). David obra con más prudencia que todos los servidores de Saul, y su nombre llegó á ser muy célebre: *Prudentium se gerebat, David, quam omnes servi Saul, et celebre factum est nomen ejus nimis.* (I. Reg. XVIII. 30).

El hombre prudente gobernará á los demás, dicen los Proverbios: *Intelligens gubernacula possidebit.* (I. 5).

Admirables efectos y frutos de la prudencia.

(1) Sic in qualibet actione quis ita agat, ut rationem reddere possit cur eam faciat; sic enim non sinit se transversum agi a cupiditate, passione, casu, aliave re, que cum in errorem inducat. (De Peccatis.)

Segun S. Basilio, hay tres mares muy peligrosos y tempestades y en naufragios; y sobre esos mares el buque de la vida humana debe ser regido y conducido al puerto por medio de la prudencia: esta virtud debe ser el piloto. El primer mar es el siglo, en el cual domina el soplo de la fortuna, levantando á unos y sumergiendo á otros. En este mar, el hombre es el buque que tiene una suerte dichosa ó desgraciada. Así pues, la prudencia previene las tempestades é impide los naufragios. El segundo mar es el corazon, que está constantemente agitado y atormentado con un mar enfurado por las diversas pasiones, los pensamientos y los deseos. El buque en este mar es el alma misma y la voluntad; la prudencia las dirige á ambas. El tercer mar es el paso trazado á la vida humana. Este paso que debe guiarnos al Cielo, está lleno de malignos espíritus, como de otros tantos terribles piratas dispuestos á capturar y pillar el buque con todas sus mercancías y sus riquezas, es decir, el alma con sus buenas obras, ó hacerle naufragar. La rapidez del tiempo impide hácia el temible escollo de la muerte. La prudencia evita á esos numerosos y crueles piratas, los combates salvan las riquezas del buque, y el buque mismo del pillaje y del naufragio, llevándolo con una y santa muerte al puerto deseado de la salvacion eterna. (*Homil. in Psal.*)

La prudencia, dice S. Bernardo, purifica el alma, arregla los afectos, dirige los actos, corrige los excesos, forma y rige las costumbres, adorna la vida, y la hace honrosa y perfecta, comunicando la ciencia de las cosas divinas y humanas. Ilumina lo que está oscuro, modera los deseos violentos, reúne lo que está separado, escudriña los misterios, busca la verdad, examina lo que parece verosímil, y explora lo que es falso y ficticio. La prudencia distribuye lo que hay que hacer, recibe lo que está hecho, para que no haya en el alma nada incorrecto. Presente las adversidades en el seno mismo de la prosperidad; y está tan fuerte en las adversidades, que no sólo las sufre con valor, sino que ni siquiera las siente (1).

¿Qué hace el hombre prudente? No daña á nadie, ni aun cuando puede. ¿Qué hace el imprudente? Quiere dañar, hasta cuando no puede....

Si invocas la prudencia, dicen los Proverbios, si la buscas como dinero, si la descubres como un tesoro oculto, entonces comprenderás el temor de Dios, y hallarás la ciencia del Señor; porque el Señor da la sabiduría, y su boca derrama la prudencia y el saber. (*II. 3-6*). Considera tus vías en la prudencia y todos tus pasos serán firmes. (*Ibid. IV. 26*).

La prudencia es la ciencia de los Santos, añaden los Proverbios: *Scientia Sanctorum prudentia*. (*IX. 10*). La salvacion está en dónde abunda la prudencia: *Salus ubi multa consilia*. (*Ibid. XI. 14*). El que se conduce por la prudencia no se extravía nunca: *Qui agunt omnia cum consilio reguntur sapientia*. (*Ibid. XIII. 10*). La sabiduría descansa en el corazon del hombre prudente, é

(1) Consideratio mentem purificat, regit affectus, dirigit actus, corrigit excessus, componit mores, vitam honestat et ordinat, divinarum pariter et humanarum rerum scientiam confer. Hæc est quæ confusa determinat, hiantia cogit, sparsa colligit, secreta rimatur, vera vestigat, verisimilia examinat, ficta et facta explorat. Hæc est quæ agenda præordinat, acta recogitat, ut nihil in mente residat, aut incorrectum, aut correctione agens. Hæc est quæ in prosperis adversa præsentit, in adversariis quasi non sentit ea. (*Lib. Consid.*)

instruye á los demás: *In corde prudentis requiescit sapientia; et indocitos quosque erudit*. (*Ibid. XIV. 33*).

La ciencia del alma es la prudencia con que el alma recorre y examina, no sólo las cosas presentes, sino las pasadas, á fin de determinar también las acciones que, pudiendo justificarlas y salvarlas el día del juicio ante los ojos de Jesucristo que todo lo penetra, consiga la corona y el premio de la gloria celestial. Porque la prudencia es el ojo del alma, y el que la posee, ve muy bien todas las cosas, las prevé y mira con cuidado en dónde fija sus pasos y acciones. Por esto marcha seguro, como el que en las tinieblas va prebedido de una lámpara y la sigue.

La ciencia del alma es, pues, la prudencia que vela la salvacion del alma, y sondea sus recompensas y sus castigos, excitando al hombre á vivir bien, á huir del pecado, á practicar la virtud y á morir bien. Con razon dice el sabio que la prudencia es la ciencia de los santos: *Scientia Sanctorum prudentia*. (*Prov. IX. 10*), Y San Lucas la llama virtud de los justos. (*L. 17*).

El que guarda su boca y su lengua, dicen los Proverbios, preserva su alma de angustias. *Qui custodit os suum et linguam suam, custodit ab angustiis animam suam*. (*XXI. 23*).

La prudencia, dice el abate Moisés, es madre de todas las virtudes; es su guarda y moderadora: *Omnium virtutum generatrix, custos, moderatrixque discretio est*. (*Io Vit. Patr.*)

Los que buscan al Señor, lo aprecian todo, dice la Escritura: *Qui inquirunt Dominum animadvertunt omnia*. (*Prov. XXVIII. 5*). El hombre prudente es una leccion para bien de otros, y llena su alma de dulzura. *Vir peritus multos erudit, et animus suæ suavis est*. (*Eccli. XXXVII. 22*). El hombre prudente quedará lleno de bendiciones, y los que le vean, le alabarán: *Vir sapiens implebitur benedictionibus, et videntes illum laudabunt*. (*Ibid. XXVII. 27*). Heredará honor en medio del pueblo, y su nombre vivirá eternamente: *Sapiens in populo hæreditabit honorem, et nomen illius erit vivens in æternum*. (*Ibid. XXXVII. 29*).

San Pambon decia al morir: No tengo que arrepentirme hasta hoy de ninguna imprudencia. (*In Vit. Patr.*) Dichoso hombre que podia hablar así... El que es prudente en palabras, en pensamientos y en acciones, es un hombre perfecto, y por consiguiente dichosísimo...

Segun la Escritura, siendo la prudencia la ciencia de los Santos, y hallándose la salvacion en donde abunda la prudencia, necesariamente el que tiene prudencia tiene felicidad... Segun la Escritura, la sabiduría es dote del hombre prudente; así pues, la sabiduría nos da la dicha...

Los buenos consejos de un amigo dulcifican y consuelan el alma, dicen los Proverbios; así pues, no hay más que el hombre prudente que sea amante de los consejos: *Bonis amici consiliis anima dulcoratur*. (*XXVII. 9*).

El hombre prudente posee su alma en paz, dice el Eclesiástico: *Vir peritus animæ suæ suavis est*. (*XXXVII. 22*). El hombre prudente estará lleno de bendiciones: *Vir sapiens implebitur benedictionibus*. (*Ibid. XXXVII. 27*).

Felicidad que proporciona la prudencia.

Lo que hemos de evitar para ser prudentes

Evítalas cuestiones fútiles y absurdas, sabiendo que engendran las querellas, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Stultas sine disciplina questiones evita, sciens quia generant lites.* (II. II. 23).

Ha ordenado mi amor, dice la Esposa de los Cantares: *Ordinavit in me caritatem.* (II. 4).

El celo sin la prudencia es siempre menos eficaz, dice S. Bernardo, y menos útil; y muchas veces es demasiado dañoso. Cuanto más ardiente es el celo, más activo el espíritu y más grande la caridad, tanto más ciencia y prudencia se necesita para sujetar el celo, templar el espíritu y ordenar la caridad (1).

El que confía en su corazón, es un insensato, dicen los Proverbios: *Qui confidit in corde suo, stultus est.* (XXVIII. 26).

May desgraciado es el imprudente.

Si alguno de vosotros cree practicar la religion, no poniendo freno á su lengua, sino seduciendo su propio corazón, tiene una religion vana: *Si quis putat se religiosum esse, non refrænans linguam suam, sed seducens cor suum, huius vana est religio.* (Jac. I. 26).

El que no prevé lo que hace, anda comó un ciego y cae, dice S. Gregorio, (*Pastor., admonit. XVI.*)

Los imprudentes no consultan, rehusan los buenos consejos, porque están dominados por la codicia y las pasiones, y no quieren librarse de ello. Del mismo modo que los jaddos, no entienden nada, son obstinados, y su vida y su fin son deplorables. Sin prudencia, vanos son los pensamientos, dicen los Proverbios: *Dissipantur cogitationes, ubi non est consilium.* (XV. 22). No pueda haber bien alguno donde hay imprudencia, añaden los Proverbios: *Ubi non est scientia animæ, non est bonum.* (XIX. 2).

El imprudente está siempre en las tinieblas; no sabe á dónde va. La concupiscencia le llama, y corre á su voz: por esta razon cae en extravíos, escándalos é innumerables abismos...

El imprudente viola los secretos, dice la Escritura. (*Ecclesi. XXVII. 17.*)  
El imprudente es aborrecido de Dios y de los hombres... Daña á los demás...; se daña á sí mismo...; es desgraciado...; y hace desgraciados á los demás...

(1) Semper zelus absque scientia minus efficace, minusque utilis invenitur: ple- rumque autem et perniciosus valde sentitur. Quo igitur zelus fervidior ac vehementior spiritus, profusiorque caritas, eo vigilantiori opus scientia est, que zelum supprimat, spiritum temperet, ordinet caritatem. (*Lib. de Consid.*)

## PRUEBAS.

La palabra prueba significa varias cosas: primero, por poner á prueba se puede entender: 1.º mirar...; 2.º escudriñar, sondear...; 3.º discernir...; 4.º purificar y separar lo que es puro de lo que no lo es...; 5.º juzgar...; 6.º elegir y recompensar, ó reprobar y castigar...

Los días son malos, dice el gran apóstol: *Dies mali sunt.* (Eph. v. 16). Los días de esta vida son miserables, llenos de pruebas penosas, de tentaciones y de peligros. Por cuya razon Jesucristo dice en S. Mateo: A cada día basta su mal: *Sufficit diei malitia sua.* (VI. 34). Es decir, á cada día le basta su aflicción y su miseria. Los días son malos, es decir, inciertos, móviles, cortos, llenos de cuidados, de distracciones, de asechanzas y de enemigos...

Sin prueba ni tentación, dice S. Crisóstomo, no hay corona; sin combate no hay victoria, y sin pruebas no hay perdón. No hay verano sin invierno. El grano arrojado en tierra necesita lluvia; necesita de la guerra de las nubes y del hielo para convertirse en espigas en la primavera. (*Homil. IV de Divit. et Paup.*)

La cera necesita fuego para recibir la impresion del sello: así el hombre, para quedar señalado con el sello de la divina gracia y de la misma divinidad, necesita de las pruebas del trabajo, de las enfermedades, de las tentaciones, etc...

Lo que está lleno de tierra, de moho y de inmundicias, necesita fuego para purificarse...

San Agustín enseña que las pruebas que nos afligen no proceden de los hombres ni del demonio, sino de Dios, que se sirve del hombre ó del demonio para castigarnos, como del demonio se sirvió tambien para experimentar á Job. Dios, dice aquel gran Doctor, azota á sus hijos para disciplinarlos, á fin de que se corrijan, y azota á los réprobos, á fin de que sean castigados por el ejemplo de los demás. (*In Psal. XXI.*)

Os pondré un freno, á fin de que no perezcais, dijo el Señor por medio de Isaias: *Infrénabo te, ne intereas.* (XLVIII. 9). Este freno son las pruebas. Ellas son, pues, un presente de Dios y parten de su benevolencia hácia nosotros, de su beneficencia, que quiere domar nuestro lujo y nuestra concupiscencia. Por el contrario, es una prueba evidente de la ira de Dios cuando suelta las riendas al hombre y le deja seguir sus caprichos, permitiendo que se extravíe como un caballo indómito que no tiene ya freno que le contenga. Las adversidades son muchas veces de parte de Dios un don más precioso que las prosperidades; son más saludables, y el amor que se tiene por Dios es más puro en las pruebas que en la abundancia. Dios es más perfectamente amado en

la cruz y en las aflicciones, que en los consuelos y delicias. En las pruebas, el amor carnal ó sensual no encuentra nada que amar de lo que ama en las delicias. Así es que, cuando se ama á Dios en la cruz, se le ama con un amor espiritual y puro, porque sólo se ama á Dios. De la cruz y del puro amor de Dios en la cruz, aprendemos á extender este mismo amor puro á las cosas de la tierra, á las riquezas, á las delicias, á las prosperidades cualesquiera, á fin de que no amemos más que á Dios. Por esto dice S. Gregorio Nazianceno: Doy gracias en las pruebas como en la alegría, porque tengo por cierto que Dios, la suprema razón, obra para nosotros en interés nuestro. (*In Distich*)

Dios prueba  
¿cómo?

¿Nos habeis probado, Señor, dice el real Profeta, nos habeis purificado con el fuego, como la plata: *Probasti nos, Deus; igne nos examinasti, sicut examinatur argentum*. (LXV. 10). Señor, llevo el peso de vuestra ira, y mi corazón está turbado. Las olas de vuestra ira han pasado por mí, y vuestros terrores me han abatido. Se han desbordado sobre mí como un torrente, y me han envuelto. (*Psal. LXXVII. 46-48*).

Los ha probado como oro en el crisol, dice la Sabiduría, y los ha recibido como un holocausto, y resplandecerán en el día en que los visite, y brillarán como la llama que se extiende en un cañaveral seco: *Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt, et tanquam scintille in arundineto discurrunt*. (III. 6-7).

Dios, dice el Génesis, probó á Abraham, y le dijo: Toma tu hijo único á quien quiero, á Isaac, y vete á la tierra de la vision, y allí ofrécele en holocausto sobre una de las montañas que te indicaré. (XXII. 1-2).

El Señor prueba y vivifica, dice el primer libro de los Reyes: *Domini mortificat, et vivificat*. (II. 6).

Así como el oro prueba la plata y el crisol el oro, dicen los Proverbios, el Señor prueba los corazones. (XVII. 3).

Dios prueba los corazones de los hombres examinándolos...; 1.º con su ley y sus preceptos, con los doctores y predicadores...; 2.º con las tribulaciones...; 3.º con las tentaciones...

¿Qué pruebas?

Pero, ¿á qué pruebas? Diferenciando el mostrarse á nosotros, Dios, dice S. Agustín, engrandece nuestro deseo, y de este modo dilata nuestro espíritu y lo hace más capaz de recibirle: *Deus differendo extendit desiderium; desiderando, extendit animum; extendendo, facit capaciorem*. (In *Psal. XXI*).

Aquellos á quienes amo, dice el Señor en el Apocalipsis, son reprendidos y castigados por mí: *Ego, quos amo, arguo et castigo*. (III. 19).

Jesucristo prueba á los suyos: 1.º para aumentar sus méritos...; 2.º para conservarlos en la humildad...; 3.º para hacerles expiar sus pecados...; y 4.º por una mayor manifestación de la acción de Dios, como el Lázaro, los Mártires, los apóstoles, su Iglesia, etc...

Señor, dice el Salmista; habeis probado mi corazón y me habeis visitado durante la noche; me habeis hecho pasar por el fuego de la tribulación, y no se ha encontrado en mí la iniquidad: *Probasti cor meum et visitasti nocte, igne me examinasti, et non est inventa in me iniquitas*. (XVI. 3).

Me he levantado para abrir á mi predilecto, dice la Esposa de los Cantares; he abierto la puerta; he abierto á mí muy amado, pero se había vuelto, había pasado; he corrido al lugar donde había hablado; lo he buscado y no lo he hallado; lo he llamado, y no me ha respondido. (V. 5-6). Lo mismo hace Dios respecto de nosotros para excitarnos á desealarlo y buscarlo....

Dios ejercita á sus servidores y amigos con pruebas y persecuciones diversas para elevarlos al honor de la virtud y de la gloria... Mortifica y vivifica; hiere para corregir. Toda la severidad de Dios, dice S. Ambrosio, tiene por fin castigar los pecados de los suyos con pruebas, conservar su alma, destruir sus vicios, y hacer crecer en su corazón las virtudes más perfectas: *Hec est circa homines suos lota ejus severitas, ut in his peccata puniantur, anima conservetur, auferantur vitia, virtutes optime nutriantur*. (Epist.)

Nada sucede al fiel sin la presencia y la voluntad de Dios; y su voluntad consiste en corregirle de sus defectos, ó en fortalecerle en la virtud y en la paciencia, para aumentar su corona en el Cielo. Así es como permitió que el justo Abel muriese á manos de su implo hermano; así es como probó á Abraham, ordenándole que sacrificase á su hijo Isaac; así es como probó á José, permitiendo que fuese vendido por sus hermanos; que Moisés y su pueblo fuesen oprimidos por la tiranía de Faraon; que David fuese perseguido por el ódio de Saul; que la casta Susana estuviese expuesta á la odiosa calumnia de dos infames ancianos; que Jeremías fuese encarcelado; que Daniel fuese arrojado á la cueva de los leones, etc., etc....

Nuestros padres, dice Judith, han sido sometidos á la tentacion como á una prueba, á fin de que constase si era ó no sincero su culto hacia Dios. Acuértese el pueblo del modo con que Abraham nuestro padre, fué experimentado por varias tribulaciones; y llegó á ser el amigo de Dios. Así Isaac, así Jacob, así Moisés y todos los que agradaron al Señor han sido hallados fieles en medio de numerosas tribulaciones; pero todos los que no han recibido las pruebas en el temor de Dios, y han manifestado su impaciencia y murmurado, han sido entregados al ángel exterminador, y han perecido con las serpientes. No nos atormentemos por los males que sufrimos; sino que considerando que estos tormentos son menores que nuestros pecados, y que somos castigados como servidores, creamos que Dios quiere corregirnos, y no perdernos. (VIII. 21-27).

La prueba es para el cristiano lo que la tempestad para el piloto, la lucha para el atleta y el combate para el soldado....

Dios nos envía pruebas: 1.º para vigorizar nuestra voluntad rebelde, abatir nuestro orgullo y obligarnos á someternos...; 2.º para castigarnos de nuestras prevaricaciones...; 3.º para destruir en nosotros el hombre viejo...; 4.º para conducirnos á la paciencia...; 5.º para hacernos semejantes á Jesús crucificado...

En su aflicción, dice el Señor por boca de Oseas, se apresurarán á volver á mí. Venid, volved al Señor; Elv el que nos ha herido, pero él nos amará; él nos dará la vida, nos resucitará, y viviremos en su presencia: *In tribulatione sua surgent ad me. Venite et revertamur ad Dominum; quia ipse cepit et sanabit nos; percussit et curabit nos, vivificabit nos, suscitabit nos, et vivemus in conspectu ejus*. (VI. 1-2).

Comentando estas palabras de Oseas, S. Agustín dice admirablemente: Esta es la voz del Señor: Ileriré y curaré. Corta la podredumbre de nuestro

crimen, cura el dolor de la herida. Los médicos obran así: hieren, cortan y curan; se arman para herir; llevan corte, y vienen para curar: *Illa est vox Domini: Ego percuciam, et ego sanabo. Percucit putredinem facinoris, sanat dolorem vulneris. Faciunt hoc medici, sicut, percuciant et sanant; arment se ut feriant, ferrum gestant, et curare veniunt.* (In Psalm. Lj).

Las pruebas son como dardos lanzados por la mano divina para recordar á Dios y á su salvación á los hombres que huyen y se van á su pérdida. Turbados, heridos, humillados, y abatidos por esos dardos saludables, depositan su orgullo, reconocen su falta, y con el corazón contrito piden perdón al Señor; y el Señor perdona por sus súplicas, y les abraza con la ternura de una madre. Es lo que dice el real Proleta: *Vuestros dardos, Señor, me penetran por todas partes, y vuestra mano pesa sobre mí: Sagitte tuæ infixæ sunt mihi et confirmasti super me manum tuam.* (XXXVII. 3).

Así S. Agustín enseña que Dios es un médico hábil y caritativo que se vale de las pruebas como de un remedio precioso y eficaz para curarnos de nuestros vicios. Colocados, dice, bajo la impresión del remedio, os quemamos, os cortan; gritáis: el médico no se conforma con vuestra voluntad, sino con lo que pide vuestra salud. Bebed este cáliz amargo, vosotros os lo habeis preparado; bebédlo para que viváis: *Sub medicamento positus, ureris, secaris; clamatis: non audit medicus ad voluntatem, sed ad sanitatem. Bibe amarum calicem, tu enim tibi fecisti; bibe ut vivas.* (In Psal. LXI).

Las pruebas nos enseñan á desprendernos de la nada del mundo, y á aficionarnos á los únicos bienes verdaderos....

Cuando el Señor, añade S. Agustín, permite ó hace que seamos experimentados por las tribulaciones, es entonces misericordioso; ejercitando la fe, difiriendo el socorro, no se niega á darnos auxilio, sino que pone el deseo en movimiento. (*Serm. XXXVII. de verbis Domini.*)

Las pruebas, dice S. Gregorio, abren los oídos del corazón, que cierra muchas veces la prosperidad de este mundo: *Aurem cordis tribulatio aperit, quam sæpe prosperitas hujus mundi claudit.* (Moral.)

San Jerónimo dice que Dios quita muchas veces á los pecadores las dulzuras de sus pecados, á fin de que, no habiendo querido conocer á Dios en la prosperidad, le conozcan en la adversidad, y habiendo hecho un mal uso de sus riquezas, vuelvan á la virtud por la pobreza, es decir, que se vean obligados en cierto modo á volver á ser virtuosos. (*Comment.*)

Es un bien que seamos probados: es una buena señal.

Las pruebas no abaten más que á los que no saben sufrirlas. Los mejores soldados son elegidos para las ocasiones en que se necesita valor, energía y heroísmo; son elegidos para las acciones importantes y decisivas. Por esto Dios elige con preferencia á los que más ama para enviarles mayores pruebas...

1.º Aprendan los cristianos que las pruebas son una señal, no de la ira de Dios, sino de su amor; porque son la prueba de la elección y de la filiación divinas. Es lo que dice el profeta Zacarías: *Los probaré como oro y plata; invocarán entonces mi nombre, y oiré su oración. Diré: Este es mi pueblo; y ellos dirán: El Señor es nuestro Dios: Ducam tertiam partem per ignem, et uram eos, sicut uritur argentum; et probabo eos, sicut probatur aurum. Ipse vocabit nomen meum, et ego exaudiam eum. Dicam: Populus meus es; et ipse*

dicit: Dominus Deus meus. (XIII. 9). Es lo que dijo el ángel al ciego Tobías: *Ha sido necesario que la tentación os probase, porque eráis agradable á Dios: Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (XII. 13). Yo reprendo y castigo á los que amo, dice el Señor en el Apocalipsis: *Ego, quos amo, arguo et castigo.* (III. 19). Es lo que escribe también S. Pablo á los hebreos: *el Señor castiga al que ama, y azota á todos los que recibe por hijos suyos. Sed firmes, y perseverad en el castigo: Dios os trata como hijos suyos; porque zelal es el hijo que no es castigado por su padre? Si estuviérais fuera del castigo á que todos están sujetos, vendriais á ser como fratos del adulterio, y no hijos legítimos. Y luego, ¿no hemos tenido por maestros á nuestros padres, y no los hemos reverenciado? Con mucha mayor razón debemos, pues, obedecer al Padre de los espíritus, á fin de vivir. Aquellos, durante algun tiempo, nos han castigado como han querido; pero éste nos castiga como es útil para participar de su santidad. Todo castigo parece en la actualidad un motivo de tristeza, y no de alegría; pero más tarde produce á los que han sido ejercitados un fruto de justicia lleno de paz (1).*

2.º Que los cristianos aprendan que las pruebas por sí mismas no hieren ni dañan, sino que purifican y perfeccionan á los que alcanzan.

El horno, dice el Eclesiástico, prueba los vasos del alfarero, y el alcance de la tribulación á los hombres justos: *Vasa figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis.* (XXVII. 6).

José, dice S. Crisóstomo, sufre con fuerza y dulzura todas sus pruebas; aquí en la tierra, Dios tiene la costumbre de no librar de las pruebas y de los peligros á los hombres llenos de virtudes; pero manifiesta en ellos su poder, en que las pruebas son para ellos una ocasión de alegrías y de mucho mérito. Es lo que dice el Salmista: *Señor, en las pruebas me habeis hecho crecer: In tribulatione dilatasti mihi.* (IV. 2.—Homil. de cruce).

Cuando la divina luz ilumina el corazón del hombre, dice San Gregorio, el demonio levanta en él bien pronto más tempestades que las que experimentaba aquel corazón cuando estaba en las tinieblas: *Cum lux divina cor humanum illustrat, mox á diabolo consurgunt tentamenta, ut plus tentationibus se urgeri sentiant, quam dum lucis interne radios non videbant.* (Moral.)

Las pruebas son un remedio que conduce á la salvación, y no una pena que nos lleva á la condenación, dice S. Agustín. (*In Sentent. CCIV.*)

Debemos murmurar tanto menos contra las pruebas, cuanto más seguros estamos de que son la prenda del amor paternal de Dios. La adversidad es una señal segura y una arra de la divina elección, y con ella el alma queda desposada con Jesucristo para unirse á él con divino lazo. Deduced de ahí que no hemos de huir de las pruebas, sino que más bien las hemos de envidiar.

(1) *Quem enim diligiti Dominus castigat: flagellat autem omnem filium quem recipit. In disciplina perseverate. Tamquam filiis vobis offert se Deus: quis enim filius quem non corripit pater? Quod si extra disciplinam estis, cuius participes facti sunt omnes: ergo adulteri, et non filii estis. Deinde patres quidem carum nostræ, eruditores habuimus, et reverentiam eos: non multo magis obtemperabimus Patri spirituum, et vivemus? Et illi quidem in tempore paucorum dierum, secundum voluntatem suam eruditabant nos: hic autem ad id, quod utile est in recipiendo sanctificationem ejus. Omnis autem disciplina, in presenti quidem videtur non esse gaudii, sed marcoris: postea autem fructum peccatissimum exercitatis per eam reddet justitia.* (xii. 6-11).

Así que los vasos del alfarero han recibido la forma que se quería, ¿no dirían, si pudiesen sentir, desear y hablar, que los pusieran al fuego para cocerlos y darles solidez? Así también los justos, sostenidos por la gracia de Dios, desean que el fuego de las pruebas quemé en ellos todo lo que es impuro, los consolide y los perfeccione en la virtud...

Dios no abandona al hombre sujeto á pruebas.

Dios, dice la Sabiduría, no abandona al justo; le libra de las manos de los pecadores, baja con él á la fosa de las tribulaciones; no le deja en las cadenas; le arranca á los que le oprimen; entra en el alma de su servidor; le da el premio de sus trabajos, le encamina á una vida milagrosa, y le proporciona constantemente abrigo y luz. (X. 13-14-16-17).

Cuando el pueblo de Dios fué agobiado por Faraon con los trabajos de la esclavitud en Egipto, Dios le envió un Salvador, le envió á Moisés. El auxilio de Dios está allí donde las adversidades abundan.

El Señor, dice el apóstol S. Pedro, sabe librar á los justos de las pruebas: *Novit Dominus pios de tentatione eripere.* (II. II. 9). Noé fué libertado de las aguas, Loth del fuego, Abraham de los caldeos, Jacob de la mano de Esaú, José de la mano de sus hermanos y de la cárcel; Moisés y los hebreos de la mano de Faraon, del mar Rojo, del hambre y de la sed; David de la mano de Saul; Susana de la mano de los ancianos; Daniel de las garras de los leones; los tres niños se libraron del horno; Mardoqueo fué libertado de la mano de Aman, Judith de la mano de Holofernes, el joven Tobías de la mano del demonio, Judas Macabeo de la mano de Antiocho, Elías de la mano de Jezabel, San Pedro de las cadenas y de la cárcel. El Salmista proclama esta verdad: Grandes tribulaciones están reservadas á los justos, dice; pero el Señor los librárá de todos los males: *Multe tribulationes justorum, et de omnibus his liberabit eos Dominus.* (XXXIII. 20).

Invocadme en el día de la angustia, dice el Señor; yo os libraré y os honraré: *Invoca me in die tribulationis: erua te, et honorificabis me.* (Psal. XLVIII. 15). Me invocará, y le oiré, estaré con él en sus tribulaciones; le salvaré, y le colocaré en la gloria; *Glamabit ad me, et ego exaudiam eum; cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.* (XC. 15).

Cuanto mayores son las pruebas, más cerca está Dios de nosotros...

Las pruebas dan á conocer lo que somos.

Hay dos circunstancias en la vida en que cada cual ve lo que hay en el corazón humano, la ocasión de obrar en secreto, y el momento de las pruebas. Muchos son malos interiormente, y buenos en las apariencias, lo que se llama hipocresía: si tienen ocasión de pecar, sin temor de ser descubiertos, entonces se manifiesta su corrupción y su malicia. De la misma manera, en tiempos de prosperidad, no se pueden discernir los malos de los buenos; pero, cuando llega el fuego de las pruebas, entonces brilla el oro y la paja humea, entonces murmuran los malos, se arrebatan y blasfeman; y los buenos, por el contrario, se someten, se resignan, oran y practican la paciencia y la dulzura. Hablando el Rey Profeta de aquel primer género de prueba, dice: *Visitasti nocte:* Me habeis visitado durante la noche, es decir, cuando tenía ocasión de pecar secretamente. Viviendo á la segunda circunstancia dice: *Igne me examinasti:* Me habeis hecho pasar por el fuego de la tribulación, por una prueba abrasadora.

Y habiendo sabido el Rey Profeta vencerse en ambas circunstancias, añade: *Et non est inventa in me iniquitas:* Y no he hallado en mí la iniquidad. (XVI. 3). Cualquiera que en estas dos circunstancias sepa, como el Profeta, conservar su alma y su virtud, puede repetir: La iniquidad no se halla en mí: *Et non est inventa in me iniquitas...*

En el crisol, dice S. Agustín, se purifica el oro y se quema la paja. (In Psal. LXI).

El piloto, dice Séneca, se da á conocer en la tempestad, y el soldado en los combates: *Gubernatorem in tempestate, in acie militem cognoscas.* (Lib. de Provid.)

El Santo y gran patriarca Abraham fué experimentado diez veces por Dios y siempre rícidamente. 1.º Dios le mandó que abandonase su patria y á sus parientes y amigos, y fuese como extraño á una tierra desconocida... 2.º En el momento de hambre, se le mandó que fuese á Egipto. 3.º Faraon le quitó á su esposa y ésta estuvo expuesta á perder su castidad y hasta su vida. 4.º Se vió obligado á separarse de Loth, su querido sobrino, por las discordias de sus criados. 5.º Se vió obligado á trabar un combate terco y peligroso para librar á Loth, que era cautivo. 6.º Instado por Sara, se vió en la precisión de despedir á Agar, á Agar con quien se había casado, y de la que tenía que tener pronto un hijo. 7.º Teniendo ya una edad avanzada se le ordenó la circuncisión. 8.º El rey Abimelech le quitó á su esposa Sara. 9.º Se vió obligado de nuevo por Sara y por orden de Dios á arrojar por segunda vez á Agar y á su hijo Ismael. 10.º Dios le mandó que sacrificase á su hijo Isaac. Y como esta última prueba fué la más terrible, es la única que Moisés llama tentación. Oíd las palabras de una orden tan dolorosa: Abraham, toma tu hijo único, á quien quieres, y anda á sacrificarle en una de las montañas que te indicaré. (Gen. XXII. 2).

La madre de los Macabeos imitó á Abraham... ¡y cuántos otros han experimentado las mismas pruebas!...

¿Cuándo hemos sido probados nosotros tan cruelmente? ¡Y aún nos quejamos!

Hemos pasado por el fuego y el agua, Señor, dice el Salmista; y nos habeis traído al lugar de la dicha: *Transivimus per ignem et aquam; et eduxisti nos in refrigerium.* (LXV. 12). He encontrado en todas partes la tribulación y la angustia; lo que me ha hecho invocar el nombre del Señor: *Tribulationem et dolorem inveni, et nomen Domini invocavi.* (Psal. CXVI. 3-4). Señor, me habeis experimentado y conocido: *Domine, probasti me, et cognovisti me.* (Psal. CXXXVIII. 1).

Lo que el fuego es para el oro, la lima para el hierro, y el aventador para el trigo; son las pruebas para las almas fieles...

Sometido S. Pablo á grandes pruebas y á crueles tentaciones, conjuró al Señor que le librase de ellas y el Señor le respondió: Mi gracia te basta; porque mi fuerza brilla en la debilidad. Con alegría me glorificaré aún más en mis debilidades, para que la fuerza habite en mí, añade el apóstol. Por esta razón me complazco en mis debilidades, en los ultrajes, en las necesidades, en las

Las pruebas son muchas veces grandes, y son siempre numerosas.

Ventajas de las pruebas.

persecuciones y en las angustias por Cristo, porque, cuando soy débil, soy entónco fuerte: *Et dixit mihi: Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur. Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabilet in me virtus Christi. Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus; in persecutionibus, in angustiis pro Christo: cum enim infirmior, tunc potens sum.* (II. Cor. XII. 9-10).

¿Quién conocía mejor que Jesucristo lo que más ventajoso podía ser para los hombres?

Las más grandes ventajas del hombre las reduce á ocho, y las explica en su sublime discurso en la montaña. Y estas ventajas son ocho pruebas, á las que da el nombre de bienaventuranzas. Y aquel gran Dios dice: Bienaventurados seréis cuando los hombres os maldigan y os persigan, dirigiéndoos falsamente toda clase de improperios por mí. Alegraos, regocíjaoos, porque grande será vuestra recompensa en los Cielos... (*Matth. v. 3-12*).

Las pruebas son advertencias que tienen por fin conservarnos en la gracia y en la virtud, preservarnos del pecado y del infierno, y asegurar nuestra salvación eterna...

El oro y la plata se prueba con el fuego, dice el Eclesiástico, y los hombres, que Dios acepta, pasan por el crisol de la humillación: *In igne probatur aurum et argentum; homines vero receptibiles in camino humiliationis.* (II. 5). Así como el fuego no daña al oro, sino que le es ventajoso, porque lo prueba, lo purifica, le da más valor y lo hace más brillante; así también el crisol de las pruebas, de las humillaciones y de las aflicciones, experimenta al que las sufre, le purifica, le perfecciona, le ilustra, le hace muy agradable á Dios y digno de él...

Las pruebas son el azote de Dios; hacen de nosotros un trigo digno de la era de Dios, separándonos de la paja...

Perfectamente dice S. Agustín: En el horno la paja quema y el oro se purifica; la paja queda reducida á cenizas, y el oro se desprende de lo que le manchaba. El horno representa el mundo, el oro los justos, el fuego las pruebas; y el dueño del horno y del oro es Dios. Hago lo que quiere el maestro; permanezco donde me coloca, y tengo paciencia. Todo debo sufrirlo; él sabe como purificarme.

Arda la paja para quemarme y consumirme, lo consiento; pues ella queda reducida á cenizas, y yo me desprendo de mis escorias. Ningun servidor de Jesucristo está sin prueba; si creéis poder pasar sin ellas, no habeis todavía empezado á ser cristianos. Las pruebas interiores y exteriores preparan la glorificación del pecador, obligan al que resiste, instruyen al ignorante, preservan al que corre, protegen al débil, excitan al tímido y conducen á esta muerte que es el principio de la vida eterna (1).

(1) In fornace ardet palea, et purgatur aurum: illa in cineres vertitur, et a sordibus illud exurit. Fornax est mundus, aurum justus, ignis tribulatio, aurifex Deus. Quid vult ergo aurifex, facit uti possit me aurifex, tolero. Jubeo ergo tolerare, novit ille purgare. Ardet licet palea ad incendendum me, et quasi consumendum me; illa in cinerem vertitur, ego sordibus careo. Nullus servus Christi sine tribulatione est; si pulvis non habere persecutiones, nondum expisti esse christianus. Flagellum interioris et exterioris glorificat peccatorem, compellit nolentem, erudit ignorantem, custodit currentem, protegit infirmantem, extitit torpentem, initiat ad mortem semper viventem. (Serm. III. In Machab.)

¡Dichoso el hombre á quien el Señor experimenta! No rechazéis, pues, las correcciones á que os somete; porque hiere y castiga, y sus manos salvan...

Dios, dice el Rey Profeta, multiplica las pruebas; y sólo despues de esto se adelanta á pasos agigantados por el buen camino: *Multiplicatæ sunt infirmitates eorum; postea acceleraverunt.* (XV. 4).

Las aguas, dice el profeta Jonás, me han saltado hasta ponerme en las puertas de la muerte; el abismo me ha envuelto, y el mar ha cubierto mi cabeza. Cuando mi alma se hallaba oprimida, me he acordado de vos, Señor, y mi oración ha sido oída; hablasteis al cetáceo, y éste me arrojó á la ribera. (II. 6-8-11).

Los sabios del pueblo, dice Daniel, caerán bajo la espada, en el fuego y en el cautiverio; caerán así para que sean renovados, elegidos y purificados: *Docti in populo ruent in gladio, et in flamma, et in captivitate. Et ruent, ut conflentur; et eligantur, et dealbentur.* (XI. 33-35).

Dios, dice el profeta Malaquías, es como el fuego que devora, como la yerba jabonera de los latañeros, que purifica; se sentará para derretil y purificar la plata; y purificará á los hijos de Leví, como el oro y la plata pasados por el fuego. (III. 2).

En las pruebas se ha de tener siempre el ánimo tranquilo; porque es cierto que llega el divino auxilio, cuando cesa el humano...

Las tribulaciones, dice S. Bernardo, proporcionan tres bienes principales: el ejercicio, por temor de que la virtud no se entibie con el amor de la pereza; el sufrimiento, para que la fuerza de nuestra constancia sea un ejemplo para animar á los otros; y la recompensa, para que, segun el peso de las pruebas, aumente el peso de la gloria. (*In Sentent.*)

La virtud experimentada se engrandece, dice S. Leon: *Crescit adversis agitata virtus.* (Serm.)

Cuanto más seréis experimentados, más os enriqueceréis, dice S. Bernardo: *In quantum gravaris, in quantum lucraris.* (In Sentent.)

No nos atormentemos por los males que sufrimos, dice Judith; pues, considerando que estos males son menores que nuestros pecados, y que somos castigados como siervos, persuadámonos de que Dios quiere corregirnos y no perlerarnos: *Et nos ergo non ulciscamur nos pro his que patimur. Sed, reputantes peccatis nostris hæc ipsa supplicia minora esse, flagella Domini, quibus quasi servi corrigimur, ad emendationem, et non ad perditionem nostram extenisse credamus.* (VIII. 26-27).

Todo se convierte en bien para los que aman á Dios, dice el gran apóstol: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* (Rom. VIII. 28). El cristiano no debe olvidar nunca estas palabras. En la pobreza, en la enfermedad, en la persecucion, en la calumnia, en el naufragio, en el incendio, en las pérdidas, en el destierro y en la muerte, acuérdese que todo es en ventaja del que ama á Dios. Debe decir para sí en todas las pruebas: Cierito estoy de que nada doloroso ni penoso puede sucederme, que no haya sido determinado primero por el orden paternal de la Providencia.

Jesucristo y los Santos son modelos en las pruebas.

Hemos de beber el cáliz de las pruebas; hemos de beberlo para curarnos y vivir. Y por temor de que digamos: No podemos beberlo, no lo sufrimos, no lo beberemos, Jesucristo lo bebió el primero hasta las heces, él que estaba lleno de salud, él que era la misma inocencia y la santidad; á fin de que nosotros, miserables enfermos, cubiertos de heridas y llagas, cargados de culpas y agobiados de deudas, lo bebieramos para curarnos, recobrar la inocencia, borrar nuestros pecados, pagar nuestras deudas, y asegurarnos la posesion del Cielo, donde nada manchado puede entrar. ¿Qué amargura hay en este cáliz de las pruebas que no haya gustado Jesucristo antes que nosotros? ¿Se trata de desprecios en justicias? Los sufrió crueles cuando arrojaba á los demonios, porque sus enemigos decían: Arroja á los demonios en nombre de B-elcebú. Si amargos son los dolores, él fué atado, azotado y crucificado; si amarga es la muerte, él murió; si nuestra debilidad se horroriza por el género de muerte que nos amenaza, nada era más ignominioso entónces que la muerte en la cruz... Sea, pues, Jesucristo nuestro modelo en todas las pruebas...

Los Santos son tambien nuestros modelos en las pruebas. Tobías se quedó ciego, y el Señor le envió aquella terrible prueba para que sirviese de modelo de paciencia, como el santo hombre Job: Tobías y Job, sin hablar de otros muchos, son dos modelos, dos espejos de paciencia, para todos los ciegos, los afligidos, los pobres y los perseguidos. Tobías, dice la Escritura, permaneció firme en el temor de Dios, dando gracias á Dios todos los dias de su vida: *Immobilis in Dei timore permansit agens gratias Deo omnibus diebus vite suae.* (Tob. II. 14). Este es un acto heroico de paciencia; es el estado de un hombre santo y perfecto, que, despreciando todas las cosas de la tierra, auxilios ú obstáculos, poco importa, tiene su espíritu en el Cielo, y disfruta anticipadamente de la felicidad suprema... De la misma manera Job, agobiado de aflicciones por todas partes y de todas clases, decia: Dios me ha dado bienes, Dios me los ha quitado; se ha hecho la voluntad del Señor; bendito sea su nombre: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est; si nomen Domini benedictum.* (I. 21).

En medio de las pruebas más crueles, ¿qué admirables modelos nos presentan los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes, los misioneros y los Santos de todas las edades, de todos los sexos, de todos los tiempos y de todos los lugares?...

El camino, la manera y las razones por las que Dios conduce á sus elegidos en el desierto de esta vida, son admirables; es al través de las pruebas, al través de asechanzas, peligros, enemigos, trabajos, tentaciones, persecuciones, cruces y martirios, que los conduce á la tierra prometida, á la tierra de los vivos.

Una herida parece dañar á la salud; y sin embargo es muchas veces el remedio más eficaz...

Segun S. Crisóstomo, las pruebas son como el corte del arado. Con aquél instrumento abrimos nuestros corazones, á fin de que, si hay yerbas malas y arraigadas, si hay malezas y espinas, las arranquemos por completo, y seamos una tierra bien cultivada, dispuesta á recibir las simientes de la gracia y de la virtud. (Homil. de Cruce).

Las pruebas son un remedio excelente; es nuestro provechoso instrumento de ellas.

Pero ¿qué se ha de hacer para aprovecharnos de las pruebas? Hemos de imitar la paciencia de Job, y repetir: Dios todo me lo ha dado, y todo me lo ha quitado: el Señor ha hecho su voluntad; bendito sea su nombre! (I. 21). Hemos de imitar á Tobías, que decia: Os bendigo, Señor, Dios de Israel, porque me habeis castigado y salvado: *Benedico te, Domine Deus Israel, quia tu castigasti me, et tu salvasti me.* (XI. 17).

Hijo mio, dice el Señor en el Eclesiástico, hijo mio, cuando entreis al servicio de Dios, permaneced en la justicia y en el temor, y preparad vuestra alma á la tentacion. Humillad vuestro corazon, y esperad con paciencia. Sufrid los decretos de Dios. Aceptad todo lo que os suceda, y permaneced pacíficos en vuestro dolor. Confiad en Dios, y os salvará; conservad su temor, y con él envejeceréis. (Ibid. II. 1-4-6).

La más grande ventaja que puede sacarse de las pruebas, y lo que aumenta infinitamente su mérito y su recompensa, es dar gracias á Dios por ellas, dice S. Crisóstomo: *Maximum lucrum in tribulationibus, est gratiarum actio.* (Homil. de Cruce).

Si el alma, dice S. Gregorio, se une fuertemente á Dios, para no ver más que él en todo, las amarguras se convierten en dulzura, y toda afliccion es para ella un descanso. *Si mens, forti intentione in Deum dirigitur, quidquid in hac vita sibi amarum dulces estimat; omne quod affligit, requiem putat.* (Lib. V. Moral.)

Las pruebas sufridas con paciencia son la puerta del Cielo; y allí nos conducen.

Por esto se ha dicho de Jesucristo: ¿No era preciso que el Cristo sufriese estas cosas (toda su pasion), y entrase así en su gloria? *Nonne hec oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?* (Luc. XXIV. 26). Fué preciso que Jesucristo sufriese todas las pruebas y entrase en la gloria por el camino de los sufrimientos y de la cruz.

Dice el libro de las Actas de los Apóstoles que S. Pablo y S. Bernabé afirmaban sus almas, enseñándolas que por muchas tribulaciones se ha de entrar en el reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (XIV. 21).

Las prosperidades y la felicidad de esta vida son, por el contrario, la puerta del infierno. Por esta razon Dios las da muchas veces á los malos y los impíos, y las niega á los buenos...

Cualquiera que os honre, Señor, dice la Escritura, está seguro de que, si sufre pruebas durante su vida, será coronado; si se ve afligido, será libertado; y si se ve castigado, podrá obtener misericordia: *Hoc pro certo habet omnis qui te colit, quod vita ejus, si in probatione fuerit, coronabitur; si autem in tribulatione fuerit, liberabitur; et si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit.* (Tob. III. 21).

Los que han sembrado en las lágrimas, segarán en la alegría, dice el Real Profeta. Iban y lloraban derramando sus semillas; pero volverán en la alegría, llevando los haces cosechados en sus manos: *Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua; venientes autem venient exsultatione portantes manipulos suos.* (CXXV. 5-6).

Las pruebas son las puertas del cielo, y nos aseguran su posesion.

Desgracia de los  
que no tienen  
pruebas que  
sufren, ó las  
rechazan.

Vivir sin pruebas, es vivir para el infierno... En tal caso no estamos ya señalados con el sello de Dios, sino con el de la reprobación.

Sepan los que rechazan las pruebas que serán todos desgraciados en esta vida y en la otra....

Los que no han recibido las pruebas en el temor de Dios, dice la Escritura, y han manifestado su impaciencia y murmurado contra él, han sido entregados al ángel del exterminio. (*Judith. VIII. 24-25*).

El mundo entero es un gran crisol en el cual son arrojados los hombres. Allí el justo se parece al oro, y el impío á la paja. Con el mismo fuego el justo es purificado y santificado y el impío devorado, consumido y condenado. Y Dios, dice S. Agustín, es alabado en ambos: en uno por la recompensa, y en el otro por el castigo; en el uno por su misericordia, y en el otro por su justicia. (*Lib. de Civit.*)

## PUREZA.

Así como en un espejo empañado, dice S. Basilio, la imagen de los objetos no puede ser recibida ni vista; el hombre no puede tampoco recibir ni ver las luces del Espíritu Santo si no es puro (1).

Necesidad de la  
virtud de la  
pureza.

Vivamos con decencia, dice el gran apóstol, no en la disipación ni en la embriaguez, ni en las disoluciones de la mesa y del lecho; revestios, por el contrario, del Señor Jesucristo, y no trateis de contentar los deseos de la carne (2).

Purificaos del fermento viejo, dice aquel apóstol á los corintios, para que seais una pasta nueva: *Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio.* (I. v. 7).

De la misma manera que la luz del sol no puede ser vista más que por ojos puros, dice S. Agustín, Dios no puede ser visto sino por una alma pura: *Quemadmodum lumen hoc videri non potest, nisi oculis mundis; ita nec Deus videtur, nisi mundum sit illud, quod videri potest.* (*Lib. Civit.*)

Por esto Jesucristo no promete la vista de la gracia, de la gloria y del mismo Dios, más que á los corazones puros: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* (*Math. v. 8*).

Nada manchado entrará en el Cielo, dice el Apocalipsis: *Non intrabit in eam aliquod coinquinatum.* (*XXI. 27*).

La pureza, dice S. Atanasio, es una perla preciosa y rarísima; y sin embargo es necesaria. (*Tract. de Virg.*)

Ante todo, dice Orígenes, el que quiere salvarse debe ser puro. (*In Cant.*) No hay más verdaderos cristianos que los que son castos, dice Clemente de Alejandría. (*Lib. I. Strom.*)

San Jerónimo quiere que la pureza dirija nuestras acciones y nuestras miradas. (*Epist.*)

Hemos de ser puros como los ángeles, dice S. Crisóstomo, puesto que estamos destinados á vivir con ellos. (*In Moral.*)

Segun S. Agustín, el corazón debe ser tan puro como los rayos del sol. (*Lib. de Civit.*)

El que guarda la castidad, es un ángel, dice S. Ambrosio; el que la pierde, es un demonio: *Qui castitatem servaverit, angelus est; qui perdidit, diabolus.* (*Lib. de Virgin.*)

Si vivís segun la carne, morireis, dice S. Pablo á los romanos: *Si secundum carnem vixeritis, moriemini.* (*VIII. 13*).

(1) Sicut in speculo impurgato rerum imagines recipi viderique nequeunt: sic homo illustrationem Spiritus Sancti recipere non potest, nisi carnis affectionem abiciat. (*Honol.*)

(2) Honestè ambelemus, non in comessationibus, et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitis; sed induimini Dominum Jesum Christum, et carnis curam ne feceritis in desideris. (*Rom. XIII. 13-14*).